

LOS PRIMEROS PASOS DE UN VIVIR¹

Nancy Moreno Dueñas

“Cada existencia tiene sus vaivenes, que es como decir sus pormenores... de pronto nos sentimos prisioneros de una circunstancia que no buscamos sino que nos buscó... de pormenor en pormenor vamos descubriendo el exterior y la intimidad... y sólo entonces, cuando encontramos al muchacho o al vejstorio que lleva nuestro nombre, sólo entonces los pormenores suelen convertirse en pormayores”².

A sus seis años Santiago acude con su madre, abuela, tío, tías, hermanas a mi consultorio. En la sala de espera observo a la familia sin saber, hasta ese entonces, quiénes eran y qué lugar ocupaban en la vida de Santiago. En el borde de un asiento lo veo a él, con la mirada hacia abajo y con lentes negros. Me acerco a ellos, les pregunto quiénes son sus padres y la abuela me dice, señalando al otro lado del asiento a una mujer joven con un bebé en brazos: *“ella es la mamá, mi hija”*. La madre me mira y me dice *“sí, soy yo”*.

Santiago está quieto, sin moverse. Me acerco a él, le extiendo mi mano y le digo *“Hola Santiago”*. El no me dice nada ni reacciona a mi saludo. Me inclino aun más y la abuela lo sacude y le dice *“Saludá”*. El tío se acerca y le toma la mano y se la acerca a la mía con fuerza. En ese instante noto que Santiago no vé, y ante el roce de mi mano empieza a hacer una especie de grito y ruidos muy fuertes. Hiperventila, se balancea en su asiento, la abuela le grita y el tío me dice *“Así es, esto es lo que pasa, él no ve y no habla y cuando se le acercan hace esto. Nosotros*

¹ Nueva versión del trabajo premiado en Noviembre de 2011 por la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires con el premio Familia Faigón como mejor trabajo clínico para analistas en formación y presentado en la II Jornada Argentina D.W Winnicott IUSAM de APdeBA. 3 de Diciembre de 2011

² Benedetti, M. (2007). *Vaivenes en Vivir adrede*. Buenos Aires, Seix Barral

no somos de acá, nos toma 2 horas llegar, vivimos en otra ciudad, y al traerlo para acá fue todo el tiempo así". El resto de la familia lo ignora y su madre ni lo mira.

Le propongo a la madre y a Santiago que me acompañen al consultorio. La madre con su bebé en brazos camina hacia el consultorio, sin prestar atención a cómo va a ir Santiago; el tío dice "Yo lo llevo" y orienta a Santiago "Vamos", tomándolo de la mano. Sin decirle nada más lo lleva. El chiquito camina apoyando la punta de sus pies y maúlla cada vez más fuerte; ante ello el tío lo carga y lo lleva rápidamente al consultorio.

En el consultorio, la madre ya se encuentra sentada con su bebé, el tío sienta a Santiago en el otro asiento y sin decir nada se va. Santiago se balancea, hiperventila y se da golpes en la cabeza con sus manos. Yo me acerco a él y le digo: "*Santiago, estas en mi consultorio con tu mamá que está sentada a tu lado derecho, con tu hermana que tu mamá tiene en brazos, a mí me tienes al frente, tu tío te ha traído acá porque yo quería conocerte y conocer a tu mamá; es para que podamos hablar un rato*".

Mientras hablo él deja de golpearse, sigue balanceándose y hace sonidos muy bajos como queriendo imitar los sonidos de mis palabras. La mamá mira a su bebé, luego me mira y me dice: "*eso es lo que pasa, así ha sido siempre, tiene 6 años y no dice ni una sola palabra, no dice nada, hace esos ruidos y se pone así. Le han hecho muchos exámenes de la cabeza y todos salen bien, por eso nos dijeron que se lo traigamos a usted, porque ya esta grande y nada, nos cuesta a todos*".

Le pido que me relate cómo ha sido hasta ahora la vida de Santiago, pregunto por su padre, y por su ceguera: "*Yo me fui muy joven (17 años) con un hombre mucho mayor (35 años) a vivir con él, el papá de Santiago. Mi familia no lo quería y por eso de él no se habla y no puedo tampoco hablar de él. Quedé embarazada y no sabemos bien porque nació ciego, el papá se llevaba bien con él, le jugaba, pero al papá un día lo mataron, a los pocos meses de nacido (2 meses) y yo quedé con el niño sola, así que regresé a la casa de mi mamá. Después conocí a otro hombre, me casé, y de él son mis otras hijas. Con él formé una familia y*

Santiago también vive con nosotros, pero pasa casi todo el día en casa de mi mamá porque yo no puedo con la beba y él”.

Le pregunto por la muerte del padre de Santiago, sobre qué se le había informado al niño. Su respuesta fue *“de eso no se habla, él sabe porque escuchó que murió, pero no se habla más de eso, ni acá tampoco se habla, nadie sabe qué pasó”.*

En cuanto a juegos o actividades diarias con Santiago me dice: *“él no hace nada, no molesta, donde se lo deje ahí se queda; eso sí, no se lo puede sacar de la casa porque hace todo esto. Tomó la mamadera normal, el papá a veces cuando estaba (pasaba temporadas fuera de casa) le jugaba, yo no, a mí me cuesta mucho. A él le gusta escuchar música. En el día se le pone la radio en cualquier emisora donde emitan música y él se queda ahí, pegado a la música. Ahora él ya tiene que ir al colegio, y es raro que no hable y fue por eso que se empezó hacer todo esto, aparte que él todavía no aprende a ir al baño sólo, anda con pañal”.*

Primeras sesiones

Las primeras sesiones se iniciaban de esta manera: Santiago llegaba una o dos horas antes, acompañado de su tío y abuela. Llegaba angustiado, “maullando”, hiperventilando. Durante la espera para su hora de sesión no paraba de “maullar”. Su familia lo ignoraba por un tiempo, hasta que Santiago sólo hacía silencio. A la hora de sesión, me acercaba y lo saludaba, se angustiaba y comenzaba a hiperventilar, a maullar y balancearse dándose golpes en el pecho. El tío, rápidamente, lo llevaba al consultorio, lo dejaba en la silla y le decía que lo esperaba en la sala.

En sesión con Santiago, ante estas acciones que no paraban en el consultorio, yo le describía lo que estaba haciendo y lo asustado que podía estar. Al parecer con ello y con el tiempo, lograba calmarse.

Me surge en medio de la primera sesión usar aplausos suaves, acto que le llama la atención y deja de balancearse para escuchar atentamente mis aplausos,

"¿Te gusta cómo suena?" Santiago empieza a imitar el sonido del aplauso. Así cursa el resto de la sesión y varias sesiones más en las que los aplausos a veces eran más fuertes, rápidos, lentos, con ritmo. Santiago imitaba al mismo tiempo el sonido y yo le describía lo rápido, suave o lento que fuese cada uno de los aplausos. Cuando paraba de aplaudir, él inmediatamente se angustiaba y hacía el ruido último del aplauso que había escuchado. Intentaba acercar su oído a mis manos mientras aplaudía, pero cuando percibía que yo estaba muy cerca se alejaba asustado. Yo le describía lo que hacía y el susto que percibía que sentía: "*Uy que susto da! Casi nos tocamos, casi, casi tu cara toca mis manos*" y así continuábamos el juego.

Después de varias sesiones que cursaban en similar manera, cuando él llegaba al consultorio envuelto en su angustia, yo lo saludaba y aplaudía; él inmediatamente escuchaba el aplauso y se calmaba, y así ingresábamos al consultorio. Sentados cada uno en su asiento, el uno al frente del otro, Santiago, después del aplauso, imitaba el sonido. No lo hacía simultáneamente, ahora era como si estuviéramos teniendo una conversación en la cual él también hacía sonidos que yo tenía que responder con aplausos.

En ocasiones no lograba comprender la angustia que me transmitía y mostraba por medio de sus maullidos y golpes, por más que le describiera lo que creía le estaba sucediendo. El no lograba calmarse, razón por la cual, ante esta angustia compartida, le decía: "*Que difícil que es que yo entienda lo que te está pasando, estas muy angustiado y nada de lo que te digo te ayuda, será que si cierro mis ojos y no veo, puedo entenderte?*". Realizo ese acto y empiezo a describir lo que antes no había notado, y le digo: "*Uy que ruido hay, parece que a lo lejos hay unas voces, ¿Escuchas?* (Santiago empieza a disminuir sus maullidos, ya sólo escucho su fuerte respiración). *Es como de unas personas que hablan, parece que es del consultorio de al lado, Sabes Santiago?, sí, da miedo todo esto, no sabes quienes son los que hablan y qué es eso que se escucha como si fuera acá, porque hablan muy fuerte*".

Se calma y sigue haciendo los sonidos que yo debía responder con aplausos, pero esta vez y por muchas sesiones más, las empiezo a realizar con los ojos

cerrados, haciéndoselo saber de sesión a sesión, notando y pudiéndole describir lo que antes no percibía, inicialmente voces y olores distintos.

Sesión no. 16

En el consultorio, sentados frente a la mesa, empezamos, como habitualmente hacíamos, a comunicarnos con aplausos. En un momento toca mi mano y la huele. Le describo lo que hace y después de un tiempo en que con temor y cuidado toca mi mano y brazo le pregunto: "*¿Te animas a tocar tu asiento o la mesa que tienes al frente?*". Se angustia y continuo diciéndole: "*¿Lo tocamos los dos?*" Le paso mi mano y él la toma. Lentamente acerco nuestras manos al borde de su asiento, cuando roza el asiento empieza a llorar y golpea mi mano. Le digo: "*Yo se que da miedo Santiago, es distinto a lo que sueles tocar, pero no lo estas tocando solo, lo estamos tocando juntos*". Nuevamente le paso mi mano y él la toma, toca mi brazo como si estuviera buscando algo más. Le digo: "*Claro! Cómo quiero que toques el asiento conmigo si no sabes que confiable soy. ¿Qué tal si te paso mis dos manos?, Así no da tanto miedo*". Toma mis manos y luego tocamos el asiento.

Después de describir lo que tocaba, lo frío y caliente que podía estar, le digo: "*A dos pasos esta la mesa ¿Te animas a pararte y tocar la mesa?*". Hiperventila y le digo: "*Y si lo hacemos juntos, por ahí no sea necesario respirar tanto*". Toma mi mano, se pone de pie y la toca e inmediatamente empieza a gritar. Con la angustia que eso le genera y me transmite le digo: "*Tranquilo Santiago, te estoy acompañando a tocar esto nuevo que te has encontrado acá, es lisa y aparte esta fría! Es una mesa que está muy fría! No como nuestras manos que están calentitas*". El se calma, sonrío y sigue tocándola. Le digo: "*Puedes estirar tus brazos y sentir como es y que grande es*". Lo hace y mientras tanto le digo: "*¡Santiago está tocando toda la mesa!*".

En ese descubrir encuentra la plastilina y la toma. "*¿Uy qué es eso? Parece que tocar cosas diferentes te trae sorpresas*". La toca, la huele, la lleva a su cara, a su boca, y le digo: "*La plastilina, cómo huele, es blandita, toca tu boca, tu cara*". Le describo cada acción que realiza con ella, mientras él repite el sonido que produce

la palabra plastilina. (Desde entonces es la plastilina el primer objeto que manipuló y que lo acompañó el resto de la sesiones, incluso fuera de ella, pues se llevaba un pedacito y lo traía nuevamente a sesión)

Así se inicia una serie de juegos que en esta sesión comienzan así: hunde sus dedos en ella, la separa quedando en cada una de sus manos un pedazo, luego las acerca pero no las une, intenta hacerlo pero no puede. Acercó mis manos a las de él y las juntamos juntos. Este juego se repitió durante un buen tiempo y yo voy describiéndole lo que él va haciendo y narrando los intentos de unir y de separar que realiza, usando frases como: *"Uy, los deditos de Santiago se hundieron en la plastilina... se va a romper ¡se rompió!... ¡En cada una de las manos de Santiago hay un pedacito de plastilina!... ¿Los juntamos?... los estamos juntando ¡se juntaron!"*

En sesiones posteriores el juego va variando hasta que un día toma la plastilina, la manipula un rato y luego la bota al suelo; yo la recojo y se la entrego y así empieza otro juego: Santiago juega con su plastilina, la bota al suelo, pide afanosamente que se la entregue, si me demoro grita, por lo que yo la recojo, se la paso lo más pronto que me sea posible, y nuevamente se repite el juego durante varias sesiones, siempre describiéndole todo cuanto él y yo hacemos.

Sesión 33

Llegan a sesión a la hora acordada a diferencia de sesiones anteriores. Lo saludo, le paso mi mano para ir al consultorio como ya habitualmente se hacía, pero esta vez no sólo me da la mano a mí, sino que también extiende su mano hacia su abuela. Le pregunto si quiere que ella nos acompañe y jala a la abuela como si fuese un sí. La abuela hace cara de no querer, sin embargo Santiago no suelta su mano y les digo: *"Parece que Santiago quiere que la abuela nos acompañe al consultorio ¿Será que hoy Santiago no quieres jugar conmigo y quieres jugar con tu abuela?"* Santiago esta en silencio, escuchando lo que digo, la abuela me mira y dice: *"Ay Santi, Qué será lo que quieres?"*

En ese momento Santiago sonrío y se me acerca. Le digo: *"Uf, que alivio parece que algo de ganas de querer jugar conmigo también hay, pero es como que quisieras compartir el juego con la abuela, ¿Será eso, invitamos a la abuela?"* Santiago aplaude.

Subimos así al consultorio junto con la abuela, quien toma un asiento y se sienta a gran distancia de nosotros, por lo que digo: *"Ay! que mal Santiago, no hemos invitado a tu abuela a sentarse junto a nosotros para que juguemos los tres!"*. La abuela se sonroja y de a poco acerca su asiento a donde nosotros nos encontramos, y digo: *"Ahora sí, ya estamos los tres para jugar!"*

Tomamos la plastilina con la abuela y empezamos hacer bolitas, narrándole lo que estamos haciendo, le paso una bolita de plastilina a Santiago, él la toma, la huele, la pasa por su rostro, toma un pedacito y lo deja en sus piernas. Seguido a ello la abuela le pasa otra bola de plastilina y realizamos el mismo juego en donde le describimos juntas el tamaño de cada una de las figuras. Cada una le describe la que le pasa, yo le describo lo que él hace con ella y finalmente como él va guardándose pedazos de cada una de las figuritas que le vamos pasando.

En un momento del juego, la abuela le quita un pedazo de plastilina que él había guardado sin decirle nada. Inmediatamente Santiago se altera, grita, y se golpea. La abuela se ríe y dice: *"Uy, que pasó! Ya se la paso, pero no grite, cállese!"* Santiago sigue gritando aun más fuerte y llora angustiado. Era un momento de angustia mutua. Por mi parte observo como la abuela busca callarlo sin comprender por qué Santiago se había molestado. Gritando aun mas fuerte ella le exige silencio. Intervengo diciéndoles: *"Tu abuela te quito un pedazo de la plastilina que tu habías querido tener en tus piernas y que tu no querías compartir, era sólo tuya y eso no te gustó, porque ni te avisó que la iba a tomar! Ah, que bronca que la abuela no te haya dicho nada, eso te pone de mal genio y de tal mal genio que te hace llorar, gritar y dar golpes y la abuela parece que no entiende tu bronca!"*

La abuela en ese momento deja de sonreír y al parecer nota lo que para él significaba. Santiago toma toda la plastilina que tenía en sus piernas y se la pasa

por su cara. Le digo: *"Ahí está toda la plastilina que tenias en tus piernas, pareciera que te la quieres meter por tu cara para que no te la quiten. Lo que pasa es que por ahí tu abuela no tenia plastilina para seguir haciéndote bolitas y por eso tomó un poquito de la que tenias en tus piernas, ¿Qué tal si le preguntamos?"*

La abuela dice, *"La verdad Santi es que no pensé que te iba a enojar, pensé que no pasaba nada. Yo quería hacer una bola grande y no tenía con qué, pero ¡Ya está, no es para tanto, ya paso!"*. Le toca la cabeza y él grita y le da golpes en la mano. Les digo: *"Parece que Santiago sigue molesto"*. La abuela dice: *"El es así, por una tontería mire como se porta, ¡grosero!"*.

En ese momento, intentando que la abuela comprendiera lo que tal vez yo creía entender, les digo: *"Se me ocurre algo, qué tal si la abuela ahora cierra los ojos y jugamos como estábamos jugando, por ahí resulta distinto eso que a veces creemos que son tonterías"*. En este momento Santiago ya no gritaba, pero si respiraba muy fuerte y no permitía que se le acercara. Entonces la abuela cierra los ojos y yo le digo a Santiago: *"Tu abuela cerró los ojos, será que podemos seguir con el juego, por ahí pasen cosas distintas"*. Le paso a Santiago la plastilina y como si nada hubiera cambiado, él la toca y yo describo lo que está haciendo, mientras la abuela con mucho cuidado hace una bolita pequeña de plastilina. Le describo a ambos lo que la abuela hace.

En el momento en que ella se la va a pasar a Santiago, al no poder ver donde está su mano, no lo encuentra y entonces yo, sin decirle nada, tomo la bolita y se la paso a Santiago, instante en el que ella abre los ojos y me dice, *"Me asusté, como no decía nada, me asusté!"*

Le describo a Santiago lo que pasó: *"Resulta Santiago que tu abuela te quería pasar la bolita que tenia para que jugaras con ella, pero como tenía los ojos cerrados no sabía dónde estabas, entonces yo se la quite de sus manos sin decirle nada y sabes, tu abuela se asustó y abrió los ojos!"* Santiago se queda quieto escuchando. La abuela dice *"Pero no lloré ni grité"*. Les digo: *"Ah claro, le resultó más fácil a tu abuela, nos hace trampa de entrada!, porque como puede mirar entonces le resulta fácil saber que pasó, le quité algo que era de ella sin decirle"*

nada, le dió miedo y no sabía que pasaba, pero miró y ahí supo que pasó a pesar de que yo no le dijera nada, y claro ahí ya no le da miedo!".

La abuela se ríe y Santiago sonrío. Continúa la abuela diciendo: "Ay dios, son cosas tan chiquititas y tan valiosas, perdón Santi, uno no se da cuenta de eso, de aquí en adelante siempre te voy a decir lo que voy hacer y lo que pasa"

Seguimos el juego, hasta que en un momento Santiago toma la plastilina que tenía en sus piernas y me la acerca, yo la tomo pensando que me la quiere entregar toda. Sin embargo él no la suelta, entonces sin comprender que era lo que íbamos a hacer, le pregunto: "¿Qué hago, no me la quieres dar toda, será que me quieres dar una parte?". El intenta sujetarla como para quedarse con un pedazo y darme a mi otra parte, entonces le digo "Ah, ya! Quieres compartirme un pedacito de tu plastilina!. Dale a la cuenta de tres, tu tomas un pedazo y yo otro, a la una, a las dos y a las tres". La rompo, Santiago sólo sostiene su pedacito, y así quedamos cada quien con una parte.

Continuo diciéndole: "Gracias Santiago, ahora tengo un pedacito de más para hacer una bola más grande!, me has compartido tu plastilina". Después de eso lo repite con la abuela, quien hace lo mismo y al final le dice "Gracias Santi, que bueno que ya no estás enojado conmigo"

Sesión 45

Santiago asiste a sesión con la abuela y el tío. Esta vez, como ya se había adoptado, cuando Santiago quiere que lo acompañe su abuela él busca su mano y la invitamos a que nos acompañe. En esta ocasión toma la mano de su tío, éste se asombra y le pregunta si quiere que él lo acompañe, Santiago no suelta su mano, por lo que le digo: "Parece que Santiago esta vez quiere que el tío juegue con nosotros, ¿Será que se anima el tío?". El tío hace gestos como si estuviera nervioso y accede, le describo a Santiago lo que al parecer le sucedía al tío: "Parece que al tío le dio miedito, pero se animó! Vamos a jugar con tu tío" Santiago sonrío.

En el consultorio el tío me pregunta: *“¿Por qué Santiago se pone así como que respira fuerte y se mueve raro? Cuando venimos para acá es terrible, hace un escándalo, y no lo podemos calmar. Ahora acá ya no lo hace, ¿Se acuerda que al inicio era horrible? ¿Por qué hace eso?”* Le digo: *“¿Será que Santiago nos quiere decir algo? ¿Qué tal Santiago si le decimos a tu tío que haga lo que nosotros hacemos?”* El tío me mira con cierto miedo. Continuo diciéndole *“Resulta que a veces yo tampoco entiendo porque Santiago hace eso, entonces cierro los ojos a ver qué sucede, la abuela ya lo ha hecho cuando vino a jugar con nosotros, ¿Lo intenta?”*

El tío accede y cierra los ojos, le digo a Santiago: *“Tu tío cerró los ojos”,* y el tío dice *“Uy que raro se siente”.* Durante todo este tiempo Santiago escucha atento todo lo que pasa, y digo: *“Imaginémonos como será ir en un bus camino para acá con los ojos cerrados, será que nos da miedo, que se escuchará, a que olerá, tanto movimiento?”* El tío abre sus ojos conmovido, le toca la cabeza a Santiago y le dice *“! Ay mano, es complicado!”.* Les digo: *“¡Qué cosa que te suban a un auto que no conoces, escuches voces que no habías escuchado, sientas tantos olores distintos, tantos ruidos raros y pretendan que no te asustes!”* Santiago escucha atentamente, tiene en sus manos la plastilina y pareciera que sonriera. Le digo: *“¿Eso es una sonrisa o es un intento de sonrisa?”.*

El tío se ríe y digo *“Ahora que el tío ya sabe más o menos que puede estar pasando. ¡ Que de aquí en adelante te vaya contando que está pasando en el camino!”* Santiago y el tío se ríen y les digo: *“Bueno, yo tampoco me quedo atrás, ¡Santiago no conoces todo el consultorio, sólo has conocido la mesa y el asiento donde estas sentado! ¿Qué tal si lo conoces de la mano de nosotros pero itodos con los ojos cerrados! ¿Te animas?”.* Le paso mi mano, él la toma. Al tío lo noto asustado y digo *“Santiago parece que a tu tío le dio miedito”.* El tío se ríe y dice, *“Nunca había hecho esto, pero ya estoy acá, así que vamos”.* Le pasa la mano y empezamos muy lentamente a tocar las paredes y el resto del consultorio. Yo voy describiendo lo que tocamos y nombrando cada cosa, el tío también lo hace.

Después de ello, se inicia el juego con la plastilina: *“El tío arma figuras, mucho más elaboradas de las hechas en sesiones con la abuela o sólo conmigo. Se*

las pasa a Santiago, él la toca mientras yo le describo y nombro la figura, luego la destruye hundiendo sus dedos en ella y las hace caer al suelo. Yo la recojo y se la paso al tío y él hace nuevamente una figura y se repite el juego”.

En las sesiones siguientes y con el tío como parte de ellas, le presentamos a Santiago juguetes duros, con otras texturas y que no se pueden moldear. Las intercalamos con la plastilina. Se sigue con el mismo juego acompañado de frases que dan cuenta de lo que pasa, siempre nombrando cada cosa que esta haciendo cada uno de nosotros. Al inicio le costaba mucho esperar que se le armara la figura con la plastilina o se le pasara el juguete, hiperventilaba y se balanceaba. Mientras le fuéramos contando porque nos demorábamos y que entendíamos que lo quisiera tener pronto en sus manos, lograba poco a poco calmarse.

Sesión 61

Sube al consultorio de la mano de su tío y noto que ya camina apoyando todo el pie, como si estuviera arrastrando los pies. Mientras va caminando va tocando las paredes, llega a su asiento y antes de sentarse lo toca. El tío me comenta contento que Santiago ya no está usando pañal, solo lo usa para la noche, me dice: *“Avisa siempre por ruidos que quiere ir al baño. Eso nunca lo había hecho y ahora como que entendemos que es eso lo que él quiere. En la noche mi mama le pone el pañal, pero a él ya no le gusta”*

El juego sigue su curso, y ahora Santiago empieza a acercarse a otros objetos (tocar las paredes del consultorio, recorrerlo, tocar la mesa de juego, la puerta, etc.) coloco los objetos duros en la mesa. Él los toca, los huele, los golpea con sus manos, los pasa por su cara, mientras tanto yo le voy diciendo cada una de las cosas que hace y le describo cómo es cada objeto. Luego los hace caer al suelo, lo cual genera un gran ruido que le gusta. Con el tío los recogemos y los colocamos nuevamente en la mesa, así empieza otro estilo de juego: *“En el medio de nosotros, el tío le pasa a Santiago la plastilina con una forma que él le construye (bola, aro, una barra, etc.), él la toca, hunde sus dedos en la figura, y luego la lanza a la mesa golpeando los juguetes que están en ella haciendo que estos suenen, y en ocasiones caen al suelo.* Le describo todo lo que hacemos y cuando

golpea a los juguetes el tío dice: *¡Diste en el blanco!*” Él se emociona, aplaude y sonrío. Recogemos con el tío algunos de los juguetes que se han caído y nuevamente se inicia el juego. Al golpear los juguetes, a veces suenan y otras veces no y el tío es el que le dice: *“Bien, lo logró! O “No lejos, lejos”*. Mientras, yo le voy diciendo en qué dirección lanzarlos.

Con este juego, Santiago lanza la plastilina y hace caer todos los juguetes, lo cual lo emociona, sonrío y aplaude, repite este juego cada vez más rápido y nos es muy difícil alcanzar a recoger los juguetes para ponérselos en la mesa. Le digo: *“¡No, pero así no se vale, porque tu ya estas lanzando y nosotros todavía no hemos podido poner bien los juguetes!”* Él se ríe, se levanta de su asiento y se acerca a la mesa. Le digo: *“Toca los juguetes para que sepas donde están. Toca el borde de la mesa y se vuelve a sentar, le digo: Listo, ya puedes lanzar”*. Toma la plastilina, lanza y bota unos juguetes y cuando el tío esta levantándolos veo que Santiago ya está a punto de lanzar. Le digo: *“¡Espera Santiago que al tío le hace falta colocar todos los juguetes!”* Santiago espera unos segundos y nos dice *“¡YA!”* El tío me mira con los ojos llenos de lágrimas. Le digo a Santiago *“Sí Santiago, ya puedes lanzar”*. El tío toca la cabecita de Santiago y le dice *“¡Ya Santi, ya!”*.

Santiago sigue jugando como si nada hubiera pasado, sin embargo tanto para el tío como para mí era incontenible la emoción, pues es la primera palabra que dice. La dice una y otra vez en la medida en que está presto para lanzar, por lo que hace que nosotros perdamos el ritmo del juego. Le digo: *“Santiago perdón, nos hemos quedado en el juego porque nos emociona ese ¡ya! que nos dices cada vez que vas a lanzar”*, Santiago se ríe, salta de su asiento y después de un rato mas de juego salimos del consultorio.

Al despedirme de su abuela, el tío le cuenta lo que había sucedido en la sesión. Noto que está llorando, llanto que Santiago también percibe y le digo: *“Sí Santiago, tu estas sintiendo lo que yo estoy viendo. Tu abuelita está llorando”*. Su abuela se limpia la cara y dice: *“Ay Dios, ya pasó”*. Le digo a Santiago: *“¿Qué tal si le preguntamos a la abuela qué le pasó, por qué llora?”*, Santiago se queda quieto como si estuviera esperando que dice la abuela y ella me mira asustada. Les digo: *“Acá vale todo, acá jugamos, peleamos, gritamos, nos reímos, a ratos hablamos y*

también lloramos. ¡Además no es justo que sólo Santiago lllore!” Santiago y la abuela se ríen. La abuela dice: “Ah, no sé porque lloré, es que es muy duro, yo se que él no está mal, que él entiende. Ay, Santi, es que te veo mejor, ahora estás como más cercano, no te dan tanto miedo las cosas nuevas, antes te asustabas con todo, no tocabas nada. Ahora con eso que usted nos dijo de no dejar de hablarle, lo hago todo el tiempo y sí que le gusta. Es que verlo así, sonriente, bravo y que se calma, ya no cuesta salir con él, traerlo ya no están difícil y ya no utiliza pañal, por eso me pongo así, como que me emociona todo esto y dijo ya!”.

Les digo “Parece que ahora se llora también de alegría, ¿Qué tal Santiago”, Él se acerca a la abuela y ella lo abraza.

De ahí adelante la abuela me comenta que al despertarlo le pregunta como amaneció y el responde: “bien”. Empieza a decir mi nombre, dice las vocales, intenta decir otras palabras como tilina (plastilina), uela (abuela), io (tío), atillo (martillo) dentro y fuera de sesión. Camina apoyando completamente sus pies, ya no usa pañal para dormir, responde con palabras cortas a preguntas y finalmente ingresa al jardín.

Queda sin duda un camino largo por recorrer, perdidas a elaborar, construcciones y reconocimientos a vivenciar, tanto en Santiago como en el resto de su familia. De aquí en más, es la abuela la que se hace cargo del niño. Su madre, que si bien vive en casa vecina y lo visita a diario, ha dejado a Santiago enteramente al cuidado de su abuela.

COMENTARIOS

Pensaba iniciar este artículo con una breve reseña teórica. Al reconstruir cómo se fue dando esta experiencia, priorice la vivencia y que el lector también fuese transitando emocionalmente en ella. Ahora, a sabiendas de la necesidad que nos invade como analistas de comprender que pasa en nuestro trabajo analítico, cómo llegamos a establecer esta relación y ese proceso analítico con los pacientes, dedico este apartado -a manera de un ir pensando en voz alta-, a comentarios de lo que, tal vez, me fue sucediendo como analista durante esta experiencia.

Quiero iniciar describiendo mis primeras sensaciones frente a este nuevo encuentro. Desde que observo a toda la familia en la sala de espera, noto lo lejano que se encuentra Santiago. Aún desconociendo su discapacidad y el motivo de la consulta, me pregunto cuál es la razón para que se encuentre tan ajeno en presencia de una familia tan numerosa a su alrededor, me impacta sus comportamientos y la reacción de su familia. Al acercarme a ellos noto, como describo en el relato, las dificultades que tiene para relacionarse. Santiago está solo a pesar de estar con tanta gente. Siento a su madre lejana y a él y desprovisto del cuidado que necesita. Ella se reconoce como su madre, pero guarda una gran distancia. En cuanto a los demás, en un acto tal vez de no poder saber cómo relacionarse con él, que grita, maúlla, se golpea, lo ignoran y niegan su existencia real.

Ante esto yo sentía que Santiago necesitaba que le describieran que era lo que había, donde estaba y quién era yo. Parecía que eso era lo que él me transmitía: que le devuelva con descripciones y tal vez con un tono de voz más tranquilo y menos impositivo, Santiago se calmaba y yo también, para ambos era un momento novedoso y abrupto. Tal vez, pensado a la distancia, en este inicial encuentro empecé a sentirme más cerca a él y entonces los aplausos y las descripciones que surgieron de este primer contacto, daban para ambos un medio de tranquilidad, en mi caso como si estuviera con ello reconociendo su realidad. "mirándolo"

Luego de las primeras entrevistas y antes de empezar las sesiones, Santiago ya estaba en mi mente, con temor y tal vez identificada con la madre y familia que ante sus dificultades para relacionarse con él me decían: "me cuesta mucho... nos cuesta a todos, se lo trajimos a usted a ver qué". Yo sentía que no podía atenderlo, que no contaba con los recursos y medios para recibirlo: ¿Cómo adapto mi consultorio para él?, ¿Qué juguetes va a utilizar?, ¿Qué vamos hacer en el consultorio? ¿Si no puede dibujar, no ve, ni habla, cómo vamos a jugar? ¿No sería mejor que lo atendiera alguien con mayor experiencia? ¿Dónde hay libros que me digan qué hacer? Así como ellos, quería entregarlo para que fueran otros quienes hicieran algo. Sin embargo y tal vez como yo hice con él, mientras yo estaba para

él, mis supervisores y analista me contuvieron y sin darme ningún manual como fantaseaba en un inicio, escuchaban y contenían mis temores, posteriormente emociones y angustias compartidas y vividas con Santiago y su familia, e incluso las suscitadas en supervisión.

De este modo al mirar a Santiago, reconocerlo, sentirlo, compartir y contener sus acciones, se fue armando un entramado de cuidado que podría llamarse "familiar", en donde no se requería estar presente físicamente (recordando la presencia física de toda la familia de Santiago) sino psíquicamente. Contando con estos recursos se fueron construyendo los primeros pasos de un mejor desarrollo psíquico, como un acto creativo, reconociendo y viviendo el aquí y el ahora. De alguna manera yo había encontrado/creado un espacio psíquico en mi interior para Santiago, desde el que podía cuidarlo y escucharlo.

Retomo los aplausos que surgieron desde la primera sesión, porque ahora pienso que fueron el medio y tal vez el producto de este ir conociéndonos, intentando a diario ponerme en su lugar, experimentar las sensaciones y emociones que transmitía. No tengo una explicación clara del porque fueron aplausos y no otro tipo de acción. Tal vez fue un acto intuitivo, una reacción producto de mi identificación con él. Como una madre, que en conexión con las necesidades y emociones del bebé, manifiesta este tipo de reacciones. Pueden ser todas, alguna o ninguna de ellas. Tengo claro que el aplauso fue el lazo que nos contactó, por el cual y con el cual me reconocía, sabía que estaba en presencia mía, estableciendo un medio de comunicación y de confianza para ambos, puesto que para mí también implicaba ser reconocida: "Ser mirada"

Santiago ya no solo estaba conmigo en sesión, permaneció en mi mente incluso fuera de ellas, como suele suceder cuando pensamos en nuestros pacientes, En esta ocasión mi mente estaba ocupada en sensaciones incomprendidas. Me resultaba difícil comprender lo que le podía costar a Santiago hacer contacto con el mundo externo (tocar, pisar, hablar, etc.) lo cual me llevo a mí, en sesión y fuera de sesión, a tratar de sentir eso que no comprendía. Entonces, en mi casa, en espacios y lugares conocidos empecé a estar sin ver (caminar, comer, escuchar televisión, etc.) Descubrí sensaciones distintas: angustia, desconcierto, el temor al

silencio en la oscuridad, el miedo a caminar, a no saber que estaba comiendo, impotencia al no poder hacer lo acostumbrado, golpearme con cada tropezón o movimiento brusco, lograr caminar sólo arrastrando los pies por temor a caerme. Con estos actos curiosos y hasta en juego, pude encontrarme no sé si con él en su ausencia física, pero sí con mis propios temores, percepciones. Desperté, por decirlo de alguna manera, mis otros sentidos, me encontré con otro tipo de angustias y de alguna manera empecé a "mirar" desde otros sentidos la relación con Santiago. De pronto, y tal vez por ello, en aquella sesión en la que la angustia de ambos era tan excesiva, él por lo que sentía y yo por lo que veía en él y no comprendía, decidí no mirar. Me alejé de esa distancia que, sin darme cuenta, estaba presente. El ver su angustia y no compartirla, era como una barrera con la que no me atrevía a sentir, recibir y vivir lo que él estaba dándome. Entonces cerré mis ojos y me dejé llevar por lo que me transmitía, sintiendo esa angustia y ansiedad a lo desconocido que invadía nuestro espacio y las voces distintas que eran tan fuertes que parecían estar presentes en nuestro consultorio. Desde ahí pude dar sentido a lo que estaba sucediendo, intentar describir el miedo que ello generaba y mostrarle la realidad que se nos estaba presentando.

Al parecer, ya habíamos encontrado un ambiente común, nos habíamos encontrado nosotros. Pensándolo ahora, pareciera que Santiago sintió que fue encontrado. Se me pasa por la mente la imagen de Santiago esperando ser encontrado por mi mano, para que juntos fuésemos andando, lentamente, percibiendo el mundo. Es así como recuerdo cada sesión que vino a continuación. Era como si en cada una de ellas, estando yo presente, Santiago estuviera descubriendo el mundo, con miedos, ansiedades, curiosidad y también defendiéndose de ella. Tarea nada fácil, porque así como él descubría el mundo yo no me quedaba atrás, cada sesión era en verdad un descubrir a carne viva sus angustias, vivirlas con él, estar dispuesta a ello y darle en lo posible una vivencia distinta. A veces me era muy difícil y en ocasiones me resultaba imposible, pero ahora recuerdo palabras de uno de mis supervisores que alimentaron este seguir armando su mundo: "Da todo de ti durante la sesión, puede ser que después salgas agotada y destruida, pero tienes el resto del día para volverte a armar. Tal vez para él sea lo contrario, sólo tiene una hora en el día para sentirse un poquito armado".

Ahora podemos jugar. Digo esto y se me ocurre pensar que este "Ahora podemos jugar" es como yo estoy familiarizada con el término jugar, o por lo menos como se juega con un bebé. Es como que desde mi lugar actual de relatora, alejada de lo vivido con Santiago, me resulte sencillo nombrar: "jugar, contener, introyectar, proyectar, simbolizar, más o menos integrado, etc." .Imponiendo, tal vez, de manera defensiva de mi parte un marco teórico, cuando la vivencia con Santiago trasciende las nominaciones. Estos conceptos, que sin duda están presentes en el desarrollo de este trabajo y cobraron vida en su desarrollo psíquico, se quedan cortos, para mí, a la hora de poder dar cuenta de esta experiencia. Pero como el lenguaje que nos permite comunicarnos es este, no queda otra alternativa que acotar la vivencia en él. Se fueron construyendo dinámicas nuevas y caminos. Era Santiago el que me llevaba de la mano a sus juegos, a sus encuentros. Tal vez él, sin darse cuenta, siempre fue el que me guió en su camino, en donde yo sólo iba poniendo luz.

Parece que en este transitar, que cada vez era más seguro, Santiago invitó e incluyó a su abuela. Esta invitación algo quería decirnos, creo haberlo entendido: que la abuela y posteriormente su tío formaran parte de la sesión habla de esa relación nueva que estaba construyendo ,en la que él era quien dirigía. Santiago no era el niño que, como en la inicial entrevista, era llevado colocado, ordenado a hacer, ya no era una cosa. Era una persona que expresaba lo que deseaba, que se mostraba y me hacía partícipe de su familia. Algo en su mente estaba armándose y abría espacio, para que en ella pudiéramos "mirar" al resto de su familia. ¿Hacia donde nos iba a llevar esto? No lo sabía, pero estaba dispuesta a descubrirlo. Tal vez esta tranquilidad que sentía se la transmitía y le permitía a él también querer transitar por esta nueva manera de vivir su familia, sin saber cual sería.

Así su abuela incursionó en este nuevo espacio de vivencias emocionales. No hubiese sido así si ella no lo hubiera facilitado. Debo confesar que esta interacción con la abuela me resultó sorpresiva en el instante mismo en el que Santiago le dijo, a su manera , que quería que nos acompañe. Algo de tensión generó en mí, ¿Implicaba otro tipo de trabajo? ¿Qué diría la abuela al ver lo que pasaba en sesión? ¿Me evaluaría como terapeuta? Ya en el consultorio viviendo lo que se

presentaba, mis propias fantasías se fueron disipando para dar espacio a la realidad que ahí se nos presentaba: una abuela que me transmitía su temor, el corto circuito con Santiago y al mismo tiempo toda la disponibilidad y el deseo por querer acercarse y conocerlo.

En los primeros encuentros con ella y Santiago sentía que estaba al frente de una abuela que imponía su lógica, sus gustos y modos, y a un Santiago que de ello no recibía nada. Era como si estuviera frente a una abuela que le hablaba en un idioma que él desconocía y que no respondía a lo que él necesitaba. Fue así como durante un tiempo me convertí, creería yo, en una traductora de sentires: "lo que tu abuela parece que siente... parece Santiago que no te gusto lo que tu abuela hizo..."

Representé, entonces ,en parte, para la abuela ,como una guía que la orientaba y le mostraba la mente de Santiago, y él por mi intermedio se daba a conocer, hasta que poco a poco fueron interactuando entre ellos, el ya se comunicaba con ella (compartía la plastilina con ella, le recibía los trozos de plastilina, jugaba con ella). En este orden tal vez de guía, se fue dando un lugar en el que la abuela abrió espacio para sentirlo, sentirse y compartir con nosotros las emociones que experimentaba, prueba de ello para mí fue el haberse permitido realizar a manera de juego el ponerse en el lugar de él y por un instante muy valioso, estar en el mismo circuito.

Esta experiencia con la abuela la percibo, ahora, como si les hubiese brindado de mi parte un espacio, un ambiente para que el nieto y la abuela se pudieran ver, como cuando un bebé , en el silencio de la noche ,en contacto con su madre, vivencia el momento íntimo de conocerse y dan pie para que otros ingresen en ese mundo.

Llega entonces el tío a participar de estas sesiones. Recuerdo, ahora, lo que implicaba para la abuela y en su momento para el tío, que Santiago eligiera a quien quería que lo acompañara. Era como si, después de un tiempo, estos representantes de padres ,estuvieran compitiendo por quien era el preferido para Santiago. Volviendo a la experiencia con el tío, resalto la movilidad que generó la

sesión. No quisiera remitirme a las funciones paternas para describir este momento, pero fue valiosa su participación. Por momentos parecíamos representar las figuras paternas necesarias para su desarrollo. La novedad que el tío aportaba ,no sólo para Santiago sino también para mí en el juego, me permitió moverme y dar un paso al costado ,ocupando tan solo una parte, la de una madre que contenía y describía las grandiosas figuras que el tío le construía. El lenguaje que éste le proporcionaba a Santiago le mostraba otro tipo de relación, una camaradería de hombres, en donde yo solo se las señalaba y dejaba que incursionaran en ella.

Esta última fase del trabajo analítico con el niño y su tío, al igual que con la abuela, no hubiera sido posible sin la disponibilidad, interés y compromiso que el tío tenía. La curiosidad y el temor con los que por primera vez se acerco a la sesión, me transmitieron la sensación que era con él con quien Santiago y yo podíamos construir esta nueva fase. Como sucedió en aquella sesión en la que, con los ojos cerrados y de la mano del tío y mía , Santiago recorrió el consultorio, se fue construyendo ,tal vez como sucedió en mi mente, la imagen en la mente de Santiago de figuras contenedoras: yo como una representante materna, y el tío como la del padre. Esta sensación que siento fue experimentada por todos. No recuerdo si fue explícitamente nombrada, me atrevo a pensar que no, pues no me resultaba fácil, a pesar de reconocerlo fuera de sesión, que dicha relación se estaba construyendo en el ambiente de cada sesión y que, mirada desde afuera, en ocasiones vislumbraba unos padres jugando con el hijo. De alguna manera esta imagen estaba instaurada también en el tío que, desde la primera sesión a la que Santiago lo invitó, no faltó nunca a las sesiones, que, junto a la abuela esperaban ansiosos, para saber quien lo acompañaría.

Parece , entonces ,que en este camino que he ido narrando y evocando, no quedaba más que lo que se escuchó y se vivenció en las últimas sesiones que expongo: el contacto con los objetos externos, caminar con mayor seguridad, control de esfínteres y sus primeras palabras. Parece que en su mente, Santiago contiene lo que podría llamarse unos objetos buenos que, de la mano de la experiencia real externa ,le han dado otro modo de experimentar las angustias o las ansiedades que experimentaba anteriormente y en un marco o en un ambiente

sostenedor, cálido, amoroso. Ahora puede dar curso a sus expresiones verbales, a delicados movimientos corporales, a "mirar y ser mirado".

Quiero dar por terminado este artículo hablando brevemente de este "mirar" que, entre comillas, he colocado en este apartado. Mientras escribía este artículo transcurrió en mi mente esta palabra, mirar. Tiene sentido que haya sido ella y no otra, pues para mí la gran dificultad en el trasfondo de este trabajo era su imposibilidad de mirar. Sentía que resultaba difícil transmitir y presentarle el mundo a alguien que no lo podía ver. Recuerdo, en una de las supervisiones, la grata discusión que suscitó el uso o no de esta palabra con él, pues en muchas ocasiones mis comentarios en sesión eran: "mira la plastilina... si miras esta fría". En las discusiones planteábamos que ello confundiría a Santiago porque "el no mira" y con el tiempo todos comprendimos que el miraba, me miraba, nos miraba y que tal vez éramos nosotros los que no podíamos darle el valor simbólico que trasciende la palabra mirar. Permitirnos ver con los demás sentidos implica mirar con el inconsciente que no discrimina si hay ojos o no. Esa es una de las grandes enseñanzas que le agradezco a Santiago.

Bibliografía

- Bianchedi, E. (1984). El bebe kleiniano. *Revista Psicoanálisis*. Tomo IV, No. 2-3. Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.
- _____ (). La teoría de la mente en Bion Conferencia en la Asociación de Epistemología de la Psicología y el Psicoanálisis.
- Isaac, S. (1962). Naturaleza y función de la fantasía. *Desarrollos en Psicoanálisis*. Buenos Aires, Editorial Paidós
- Klein, M. (1926). Principios psicológicos del análisis infantil. *Obras completas*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- _____ (1926). La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo. *Obras completas*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- _____ (1929). La personificación en el juego de los niños. *Obras completas*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- _____ (1935). Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco depresivos. *Obras completas*. Paidós: Buenos Aires

- _____ (1946). Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. *Obras completas*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Winnicott, D. (1945). Desarrollo emocional primitivo. *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona, Editorial Paidós.
- _____ (1950). La agresión en relación con el desarrollo emocional. *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona, Editorial Paidós
- _____ (1952). La psicosis y el cuidado de niños. *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona, Editorial Paidós.
- _____ (1956). Preocupación maternal primaria. *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona, Editorial Paidós.
- _____ (1971). Realidad y juego. Barcelona, Editorial Gedisa.